

HACIA LA DEMOCRACIA VIGILADA

LA semana antes de celebrarse, el referéndum parece dominado por el Gobierno. Dentro, eso sí, de una gran indiferencia general. Se ha tomado la votación como un simple trámite, sin la tensión política que hubiese podido imaginarse que precedería a algo que se le ha dado una significación que ya no puede tener: el de la opción entre la democracia y la autocracia. La autocracia va de retirada: sus símbolos, su vocabulario, su programa, sus aspiraciones, han sufrido una devaluación casi absoluta, y quienes los mantienen van apareciendo más como marginados. Es a ellos, precisamente a ellos, a quienes el Gobierno ha ganado la batalla con una táctica y una estrategia que dibujan al presidente Suárez como un político excepcional dentro de un país de políticos mediocres, entre los cuales abunda hasta la estupidez absoluta. Ello no quiere decir que el señor Suárez sea un hombre fundamental para el país, ni mucho menos: probablemente desaparecerá cuando otros más adecuados puedan llegar a ser elegidos, en esta especie de oposiciones y concursos en que alguna vez se convertirá el Parlamento, pese incluso a las mismas disposiciones del actual Gobierno. El puesto histórico de Suárez podrá ser un día el de haber dirigido la campaña de transición dentro del mundo dominante, del mundo de la derecha, con habilidad y entereza. Más allá no habrá puesto para él. Si alguna vez hay democracia en este país no será la que ha configurado este Gobierno, a la que falta autenticidad.

NATURALMENTE que entre los atributos de este Gobierno no está el de haber creado una situación, sino el de haber sabido comprenderla mejor que otros y haber limitado su oposición a una tendencia vital a lo puramente imprescindible. Vivimos una paradoja que ha quedado ya señalada más de una vez en estas mismas páginas: el franquismo acabó mucho tiempo antes que la vida de su creador y, sin embargo, los resortes del poder franquista le han sobrevivido. El franquismo, hoy, no es una ideología —aunque muchos la mantengan y la defiendan, como hizo brillante-

mente el señor Piñar en la ocasión que le dio Radiotelevisión Española en su ronda de personalidades: en la que, desde luego, no están todas las que debían estar, por lo menos hasta ahora—, sino una estructura y unos hábitos de comportamiento. En esa estructura hay mucha fuerza, activa y pasiva. El señor Suárez y sus ministros han ido canalizando esa fuerza como han podido para mantener por otras vías unas mismas clases de poder y un reparto similar de la riqueza y la pobreza nacionales.

SIN embargo, el franquismo que no cesa ha estado continuamente minado por una resistencia democrática.



El puesto histórico de Suárez podrá ser un día el de haber dirigido la campaña de transición dentro del mundo de la derecha dominante con habilidad y entereza.

Cuando se haga el análisis histórico de la clandestinidad española se verá que desde el mismo 18 de julio en una zona, desde el 1 de abril de 1939 en todo el país, la resistencia de alguna forma no ha cesado nunca de existir en España, y el ahogo de la democracia, de la izquierda general, nunca se ha conseguido totalmente. Ni ha cesado la resistencia en el exilio. El crecimiento paulatino de esa resistencia, el desgaste propio del régimen (a pesar de su capacidad esencial de tenacidad y persistencia), la aparición de generaciones nuevas, la misma creación de una burguesía distinta, el consumismo, las circunstancias exteriores que cambiaron las ideologías dominantes en Europa —desde el auge de los fascismos hasta la guerra fría, y luego la coexistencia y la reaparición actual de la democracia en Europa con mayores condiciones de apertura— son hechos que han dado a la época contemporánea una dirección; España estaba frente a esa línea de fuerza, a esa colección de vectores que tiraban de nuestro país. La habilidad del presidente Suárez, después del tiempo perdido en el tiempo vacío y crepuscular del presidente Arias —tan olvidado felizmente que su aparición, de pronto, en una escena filmada hace pensar en el lejano pasado: y es de ayer mismo— ha consistido en dar una apariencia de aceptación de las formas vigentes de gobierno de una nación.

UNA prueba excelente es el Congreso del Partido Socialista. Es un Congreso que, torpemente prohibido hace un mes —por la continuación de las estructuras del franquismo—, resulta una enorme baza gubernamental, por su proyección exterior como por su significación interna (ver páginas siguientes). Si el presidente Suárez puede aceptar el diálogo con la oposición, y con una parte significativa de esa oposición, habrá conquistado una etapa más en su línea de transición. La oposición democrática ha pasado momentos difíciles en los que se podía prever su autodestrucción, por falta de un programa común (sigue faltando) y por la dificultad de encontrar un denominador común para su infinidad de grupos. Probablemente ha pecado



El equipo democristiano del Estado español: un puente en la negociación Gobierno-oposición democrática.

también ahora al dejar fuera de la comisión negociadora a los grupos de extrema izquierda, a algunas instancias regionales, pero puede comprenderse fácilmente que necesita una delegación, una diputación. Queda pendiente, cuando esto se escribe, la posibilidad de que el partido comunista figure como interlocutor: es decir, que lo acepte el presidente Suárez. A su política le convendría. Pero no es posible saber si esa política tiene la suficiente libertad de acción ya como para dar un paso que liberaría el camino de la política nacional de un gran contencioso: el de la existencia y legalización del partido comunista de España. No se sabe cuáles son sus efectivos, no se sabe cuál es su fuerza —no se sabe de nadie: de la izquierda o de la derecha—, pero se sabe que tiene una importancia grande en el país, y que lo que se haga sin él falseará la realidad de la vida pública española.

QUE puede negociar la oposición democrática con el Gobierno Suárez? Mejor podría ser volver la pregunta del revés: ¿Qué puede, hasta donde puede, negociar el presidente Suárez con la oposición? Algunos de los temas están enunciados en el último comunicado general de la oposición (ver número 723), pero, en general, se trata de lo siguiente: juego limpio en el proceso democrático. Juego limpio en las elecciones, en la propaganda previa, en el sistema parlamentario. Y posibilidad de borrar todo el sistema antidemocrático que está implícito en la Ley de Reforma que se pone a referéndum y que la oposición, natural-

mente, no puede aceptar más que de una manera indicativa: considerándola como una hipótesis de trabajo para llegar a otras cosas.

HAY mucho que temer en el sentido de que la oposición democrática no va a obtener todo lo que pretende, si es que el diálogo llega a entablarse y pasa al estadio de negociación. Lo que se está configurando ahora en los círculos de poder es una democracia aún más conservadora y más cerrada de lo que lo fueron las democracias europeas —Alemania Federal con Adenauer, Francia e Italia con las combativas, militantes democracias cristianas— de la posguerra. No se van a aligerar los poderes de la Jefatura del Estado; no se piensa en que los gobiernos sean salidos del Parlamento según los repartos electorales y responsables ante ellos; no se abandona la poderosa estructura del Consejo del Reino; el Senado sigue apareciendo como un freno frente a la Cámara Baja, y en ésta los famosos "dispositivos correctores" del sistema electoral pueden quitar la voz a las minorías. En otras breves palabras, todos los resortes del poder siguen estando de un mismo bando, y todo sigue favoreciendo a los favorecidos. Como es lógico, una oposición verdaderamente democrática —en la que tienen posiciones partidos de la derecha— no puede aceptar este sistema de ahogo de la soberanía popular que se pretende, y de ahí sus posiciones iniciales de abstención del referéndum, tras el dilema planteado de que decir "sí" es aceptar esta democracia falseada, decir "no" es

hacer el juego a la gran derecha autocrática y votar en blanco es dar carta blanca al Gobierno. Pero la oposición no ha mostrado demasiada fuerza en su campaña de abstención, que sólo han mantenido con mayor firmeza dos partidos, el socialista y el comunista: entre otras razones, por las apuntadas en primer lugar de que el referéndum ha perdido importancia en esta ocasión. El Gobierno ha contribuido a ello con su desastrosa campaña de propaganda que le ha asimilado excesivamente a los regímenes anteriores y que, como decía un editorial de un diario, parece tomar a los españoles por analfabetos y por menores de edad. Que por otra parte le haya salido bien esa campaña, por el simple hecho de que la indiferencia va a permitir que haya mayor número de votantes, y de votantes del sí, por el simple hecho de adoptar la posición más cómoda, es otra cuestión. Una cuestión quizá de suerte, que es un factor que los analistas políticos suelen desdeñar, pero que en algunos casos funcionan. Le está funcionando el presidente Suárez, y no es la menor suerte para él la de haber sido designado presidente del Gobierno cuando tantas otras figuras de mayor envergadura política aspiraban al puesto y podían ser designadas.

PARECE, en este momento, que el Gobierno avanza seriamente y con fuerza por el camino que se trazó al tomar posesión de su cargo: el de una democracia digamos aristocrática, salvando la contradicción que pueda haber en esos dos términos, dominada y asegurada por las altas clases sociales creada por la etapa anterior del régimen, de la que salen el presidente y sus apóstoles. Habrá conseguido así poner el sistema al día en cuanto a costumbres y modos de la política.

PERO para ponerse en una posición auténtica, tiene que emprender otros caminos más difíciles, sin duda, pero que conducen más directamente a la meta: hacer una remoción absoluta de las clases sociales, repartir el poder real entre todos los españoles según su representación política, dar la vuelta a toda la economía española para que haya un sistema más justo de reparto de riqueza y pobreza. Todo ello no está a su alcance, y nada que vaya por ese camino podrá negociarlo con la oposición. Será ésta la que tenga que abrirse la nueva vía dentro de la intrincada selva de democracia vigilada y autoritaria, de impermeabilización de poderes, a la que estamos yendo sin solución inmediata. ■